

I

A lo largo de medio siglo, las burguesas de Pont-l'Evêque le envidiaron a madame Aubain su criada Felicidad.

Por cien francos al año, guisaba y hacía el arreglo de la casa, lavaba, planchaba, sabía embridar un caballo, engordar las aves de corral, mazar la manteca, y fue siempre fiel a su ama —que sin embargo no siempre era una persona agradable.

Madame Aubain se había casado con un mozo guapo y pobre, que murió a principios de 1809, dejándole dos hijos muy pequeños y algunas deudas. Entonces madame Aubain vendió sus

inmuebles, menos la finca de Toucques y la de Greffosses, que rentaban a lo sumo cinco mil francos, y dejó la casa de Saint-Melaine para vivir en otra menos dispendiosa que había pertenecido a sus antepasados y estaba detrás del mercado.

Esta casa, revestida de pizarra, se encontraba entre una travesía y una callecita que iba a parar al río. En el interior había desigualdades de nivel que hacían tropezar. Un pequeño vestíbulo separaba la cocina de la sala donde madame Aubain se pasaba el día entero, sentada junto a la ventana en un sillón de paja. Alineadas contra la pared, pintadas de blanco, ocho sillas de caoba. Un piano viejo soportaba, bajo un barómetro, una pirámide de cajas y de carpetas. A uno y otro lado de la chimenea, de mármol amarillo y de estilo Luis XV, dos butacas tapizadas. El reloj, en el centro, representaba un templo de

Vesta. Y todo el aposento olía un poco a humedad, pues el suelo estaba más bajo que la huerta.

En el primer piso, en primer lugar, el cuarto de «Madame», muy grande, empapelado de un papel de flores pálidas, y, presidiendo, el retrato de «Monsieur» en atavío de petimetre. Esta sala comunicaba con otra habitación más pequeña, en la que había dos cunas sin colchones. Después venía el salón, siempre cerrado, y abarrotado de muebles cubiertos con fundas de algodón. Seguía un pasillo que conducía a un gabinete de estudio; libros y papeles guarnecían los estantes de una biblioteca de tres cuerpos que circundaba una gran mesa escritorio de madera negra; los dos paneles en esconce desaparecían bajo dibujos de pluma; paisajes a la guache y grabados de Audran, recuerdos de un tiempo mejor y de un lujo

que se había esfumado. En el segundo piso, una claraboya iluminaba el cuarto de Felicidad, que daba a los prados.

Felicidad se levantaba al amanecer, para no perder la misa, y trabajaba hasta la noche sin interrupción; después, terminada la cena, en orden la vajilla y bien cerrada la puerta, tapaba los tizones con la ceniza y se dormía ante la lumbre con el rosario en la mano. Nadie más tenaz que ella en el regateo. En cuanto a la limpieza, sus relucientes cacerolas eran la desesperación de las demás criadas. Ahorrativa, comía despacio, y recogía con el dedo las migajas del pan caídas sobre la mesa; un pan de doce libras cocido expresamente para ella y que le duraba veinte días.

En toda estación llevaba un pañuelo de indiana sujeto en la espalda con un imperdible, un gorro que le cubría el pelo, medias grises, refajo encarnado, y

encima de la blusa un delantal con peto, como las enfermeras del hospital.

Tenía la cara enjuta y la voz chillona. A los veinticinco años, le echaban cuarenta. Desde los cincuenta, ya no representó ninguna edad. Y, siempre silenciosa, erguido el talle y mesurados los ademanes, parecía una mujer de madera que funcionara automáticamente.

II

Había tenido, como cualquier otra, su historia de amor.

Su padre, un albañil, se había matado al caer de un andamio. Luego murió su madre, sus hermanas se dispersaron, la recogió un labrador y la puso de muy pequeña a guardar las vacas en el campo. Tiritaba vestida de harapos, bebía, tumbada boca abajo, el agua de los charcos, le pegaban por la menor cosa y acabaron echándola por un robo de treinta sueldos que no había cometido. Entró en otra alquería, llegó en ella a moza de corral y, como daba gusto a los amos, los compañeros de faena le tenían envidia.

Una tarde del mes de agosto (tenía entonces dieciocho años) la llevaron a la romería de Colleville. Se quedó pasmada, estupefacta por el estruendo de los rascatripas, las luces en los árboles,

la variedad abigarrada de los trajes, los encajes, las cruces de oro, aquella masa de gente saltando todos a la vez. Se mantenía apartada modestamente, cuando un mozo muy atildado, y que fumaba en pipa apoyado de codos en la barra de un toldo, se acercó a invitarla a bailar. La convidó a sidra, a café, a galletas, le regaló un pañuelo, y, creyendo que la moza le correspondía, se ofreció a acompañarla. A la orilla de un campo de avena, la tumbó brutalmente. Felicidad se asustó y empezó a gritar. El mozo escapó.

Otra tarde, en la carretera de Beaumont, Felicidad quiso adelantar a un gran carro de hierba que iba muy despacio, y, ya rozando las ruedas, reconoció a Teodoro.

El mozo la abordó tranquilamente, diciendo que tenía que perdonarle, porque era «culpa de la bebida».

Felicidad no supo qué contestar y estuvo por echar a correr.

En seguida, Teodoro habló de las cosechas y de los notables del municipio, pues su padre se había ido de Colleville a la finca de Les Écots, de modo que ahora eran vecinos. «¡Ah!», exclamó la muchacha. El mozo añadió que deseaban casarle. Pero él no tenía prisa y esperaba una mujer que le gustara. Felicidad bajó la cabeza. Teodoro le preguntó si pensaba casarse. Respondió ella, sonriendo, que estaba mal burlarse. «No, no, ¡te lo juro!», y con el brazo izquierdo le rodeó la cintura; la muchacha andaba sostenida por aquel abrazo; acortaron el paso. El viento era suave, brillaban las estrellas, oscilaba ante ellos la enorme carretada; y los cuatro caballos, arrastrando los cascotes, levantaban polvo. Después, sin que se lo mandaran, doblaron a la derecha.

Él la besó otra vez. Ella se perdió en la oscuridad.

A la semana siguiente, Teodoro llegó a obtener citas.

Se encontraban al fondo de los patios, detrás de una pared, debajo de un árbol solitario. Felicidad no era inocente como las señoritas —los animales la habían enseñado—; pero la razón y el instinto de la honra le impidieron caer. Esta resistencia exasperó el amor de Teodoro, hasta tal punto que para satisfacerlo (o quizá inocentemente) le propuso casarse con ella. Felicidad no acababa de creerlo. Teodoro le hizo grandes juramentos.

Al poco tiempo confesó una cosa desagradable: el año anterior, sus padres le habían comprado un sustituto, pero cualquier día podrían volver a llamarle; la idea de ir al servicio le espantaba. Esta cobardía fue para Felicidad una prueba

de cariño; el suyo se duplicó. Se escapaba por la noche, y al llegar a la cita, Teodoro la torturaba con sus acaloramientos y su porfía.

Finalmente, le anunció que iría él mismo a la prefectura a enterarse y le diría el resultado el domingo siguiente, entre las once y las doce de la noche.

Llegado el momento, Felicidad corrió al encuentro del novio.

En su lugar encontró a un amigo de Teodoro.

El amigo le dijo que no debía volver a verle. Para librarse del servicio, Teodoro se había casado con una vieja muy rica, madame Lehoussais, de Toucques.

Fue un dolor desmesurado. Se tiró al suelo, rompió a gritar, invocó a Dios y estuvo gimiendo completamente sola en medio del campo hasta el amanecer. Después volvió a la alquería, dijo que pensaba marcharse, y, pasado un mes,

le dieron la cuenta, envolvió todo su equipaje en un pañuelo y se fue a Pont-l'Evêque.

Delante de la posada, preguntó a una señora con toca de viuda y que precisamente buscaba una cocinera. La muchacha no sabía gran cosa, pero parecía tener tan buena voluntad y tan pocas exigencias que madame Aubain acabó por decir: «¡Bueno, te tomo!».

Al cabo de un cuarto de hora, Felicidad estaba instalada en casa de madame Aubain.

Al principio vivió como temblando por la impresión que le causaban «el señorío de la casa» y el recuerdo de «Monsieur» planeando sobre todo. Pablo y Virginia, el uno de siete años, la otra de cuatro no cumplidos, le parecían hechos de una materia preciosa; los cargaba a caballo sobre la espalda, y madame Aubain le prohibió besarlos a cada paso, lo